

## MAR DE PIZARRA

*“Yo hubiese preferido nacer en algún lugar agreste de las montañas. Entre peñascos y abismos. En una casa con suelo de tierra apisonada, paredes de pizarra y argamasa de barro, oculta entre la niebla. Dormir en el suelo en un nido de brezo, bajo un techo de tablones y lajas de piedra sostenida por un par de maderos. Desde ese modesto cubil a la orilla del riachuelo que cruza una aldea de endemoniados y leyendas, apestada de miseria y mierda de cabra, desafiar al mundo con las manos vacías”.*

Era el delirio de siempre. El abuelo se repetía una y otra vez. Se diría que precisaba contarle todo, soltar lastre ante la mudanza definitiva. El abuelo se moría. Y ahí estaba yo ejerciendo de cura confesor, quizás de psicólogo, profesiones para las que no estaba preparado. Por ello la mayor parte del tiempo permanecía callado, y él sonreía como un gato satisfecho mientras declamaba como un vate antiguo marcando mucho las palabras, concediéndoles una importancia de texto sagrado. Al oír las variaciones de su entonación era imposible no imaginarlo unas veces amansando un leopardo y otras protegiendo con sus manos una pequeña flor entre la nieve. Incluso cuando escuchaba su voz cavernosa podía ver al Moisés del Éxodo prometiendo las siete plagas. Entonces era posible intuir en él vetas de actor o rapsoda que me desconcertaban, algo difícil de cuadrar con un empresario de hostelería, fuera de sitio, como una experiencia vivida. Porque cuando callaba me daba cuenta de

que éramos dos perfectos desconocidos. Al quedarse dormido no veía más que un viejo que se negaba a bajar los brazos, a aceptar la derrota mientras salpicaba la habitación de historias absurdas como queriéndola estucar con la bilis negra de la amargura. “Menudo verano de mierda me espera” me dije entonces decepcionado. El mando a distancia encendió el televisor de pago del hospital. Tras un “otra vez las malditas olimpiadas” miré por las ventanas de La Paz. A mis pies Madrid bajo su boina de contaminación. Entorné los ojos intentando distinguir la ciudad universitaria, donde hubiera debido proseguir mis estudios, esa promesa de futuro hecha por un tahúr. Imposible. “¿Cómo de extensa será Seúl?” me pregunté confuso. Me resultaba difícil imaginar una ciudad mucho más grande que ésta. En la tele los jueces deportivos y los sanitarios, todos de ojos rasgados, atendían a una corredora tumbada en el tartán. Su llanto escondía una gran frustración oculta en una herida insignificante.

En Ana Karenina se comienza hablando de familias. De las familias felices, de las infelices. No sabría definir la mía en esos términos, al pensar en ella solo una palabra me viene a la mente: organizada. El mismo día que ingresaron al abuelo se organizó un cónclave apresurado en la cafetería del hospital. En algún momento alguien puso un folio en blanco sobre una mesa con cercos de café reseco y comenzó a trazar líneas rectas con precisión de delineante. Veintiuna cuadrículas. El resultado de dividir la semana entre sus siete días, con sus turnos de mañana, tarde y noche. Cuando hubo un consenso se hicieron fotocopias a modo de letras de cambio a cuyo riguroso pago nos comprometíamos. El abuelo quedó convertido en una especie de mercancía que había que custodiar. Dos meses, tres a lo sumo había dicho el médico, ese era el vencimiento imprevisible de

dicha letra. Incluso para lo inevitable la organizada familia burguesa ataba los cabos con precisión milimétrica.

Me tocaron las mañanas laborables. Era el turno más comprometido porque todo el mundo tenía trabajo. “En cambio tú...” me decían alargando los puntos suspensivos, desviando la mirada al suelo. Les presento al fracasado de la familia, Luis, veintiún años, atrapado en una carrera universitaria exasperante. Yo. Ese año había decidido recuperar las asignaturas pendientes de cursos anteriores. Sería un año perdido, intuía que el primero de una larga lista. Podrás estudiar si quieres, ya sabes que el abuelo apenas habla, me decían fingiendo interés. Un vaticinio que se cumplió las dos primeras semanas.

A veces entre desconocidos se establece un vínculo apenas imaginable unos segundos antes. Algo así como un breve reflejo en la mirada del otro, la luz de un faro desde una costa lejana. Al fin y al cabo, como dicen los poetas, no somos más que islas, todas distintas entre sí, pero nuestro destino común es soportar los embates del mar. Me gusta creer que surgió algo entre los dos en esos últimos días, lo que suelen llamar complicidad unas veces y cariño otras. Pero tal vez solo fuera el apremio de la muerte que llamaba a la puerta, que incluso se colaba por sus rendijas. “¿Qué estudias?”, con esa pregunta comenzó todo. El equivalente del socorrido “¿tienes fuego?”, con el que dos extraños en una estación de autobús inician una breve pero intensa relación. Y hablan de amores y penas, y cuentan cosas que no contarían a nadie con la coartada de la inminente separación, con la necesidad del desahogo. El resto del día había demasiada gente. Acudían a verlo vecinos y amigos, a veces se juntaban varios familiares. La habitación solo recuperaba la tranquilidad por las mañanas, esa

tranquilidad necesaria para enfrentarse a la vida que se escurre entre los dedos, a la próxima muerte. Por la mañana solo estaba yo. Hasta muchos años después, con la llegada de internet, no pude entrever qué había de verdad y qué de fantasía en esa historia que me relató. Una historia que comenzaba en una miserable aldea de endemoniados en un lugar agreste de las montañas. Cuando el abuelo Leopoldo no era más que Poldo, un chico de quince años. En 1911.

*“— ¿Escopeta? No señorito – replica Juan con cierto asombro. Yo cazo los lobos a mano, sin herramienta de fuego.*

*Al cazar lobos se corre el riesgo de resultar cazado. Esas eran las enseñanzas de aquellas huellas blancas y profundas en el rojo sucio de su piel, las cicatrices y costurones daban fe de mordiscos, eran testimonio de luchas a cuerpo. Examinamos con precisión de entomólogo a aquel vejete pobrísimamente vestido, al que le faltaba un mundo para ser un atleta. Aquel hombre de palabra torpe nos describió su oficio, que evocaba hazañas mitológicas de personajes homéricos. No hay nada más temerario: cazar lobeznos arrancándolos de la guarida materna. Juan sin embargo no veía nada extraordinario en esa ocupación, su padre era cazador y él siguió sus enseñanzas como era la costumbre. El aprendizaje no resultó suave. Había que alejarse de la aldea y pasar días y noches en lo más quebrado de la sierra, aguantando nieves, lluvias y viento, con escasa ropa y unos mendrugos por comida. Con ocho años aprendió a entonar la jabla, el lenguaje de los lobos, en todas sus variantes. No menos de veinte sonidos distintos que hay que imitar a la perfección para engañar a tan inteligente animal. Desde ladridos secos y estridentes que significan alerta, a los ronquidos largos y quejumbrosos de las lobas en celo.*

*En los últimos días del año Juan se iba con su padre a los montes a escuchar el celo de las lobas, localizando las guaridas de las futuras camadas. Los dos meses de gestación se empleaban para confirmar datos y planificar la temporada. Marzo y abril eran los principales meses de campaña. Como todos los sentidos del hombre son muy inferiores a los de la bestia, el peligro era constante. Su única posibilidad era el engaño, para ello se servían de sus conocimientos de la jabla. Provocaban el abandono de la guarida con llamadas unas veces de desafío, otras de auxilio, quedando así los lobeznos abandonados unos breves instantes. Entonces Juan brincaba descalzo entre los despeñaderos de pizarra, hasta alcanzar la angosta entrada, y atrapaba los lobeznos encerrándolos en un saco, bien apretaditos para que quedaran amordazados. Empezaban la huida. Lo primero era calzar los pies desnudos con pieles de conejo para despistar el olfato del animal. Después rezar para que ningún lobezno rasgara la tela a mordiscos. Los aullidos de los lobatos enloquecían de furia a la madre. Correr sería inútil ante la velocidad y resistencia de su perseguidora. Cuando la huida era imposible recurrían al metal y al pedernal encendiendo fogatas para rechazar el ataque. Si nada daba resultado amparaban la espalda en una peña, envolvían el brazo izquierdo con la chaqueta, empuñando en la derecha un cuchillo. Solo quedaba aguantar su acometida, rodar por los barrancos acero contra colmillos.*

*Empleaba un modo reverencial al hablar de su enemigo. Un animal noble que protege con la vida a sus crías, un ser fuerte y poderoso. Medirse a él lo enorgullecía, pero no con la vanidad de las riquezas o la fama. Él también se jugaba la vida por el sustento de sus hijos. Simplemente se disputaban un territorio miserable. Al capturar los lobeznos no tenía tiempo que perder, visitaba*

*las aldeas cercanas con sus capturas, solicitando limosna por la muerte de las fieras. La plaga de lobos amenazaba la supervivencia de la gente matando el escaso ganado, atacando a niños y viejos en las cañadas. Los humildes siempre agradecían con sus míseras monedas poder subsistir otro nuevo invierno con una generosidad que desconocen los poderosos.*

*—¿Esta cicatriz me dicen ustedes? —Juan señala un surco acentuado que le cruza desde el hombro a la cintura. Yo la llamo la de la mentira, verán porqué. Tenía yo diez años, no serían más. Quedé atrapado en una guarida estrecha, solo las piernas me sobresalían del agujero. Mi padre tiraba de ellas con todas sus fuerzas, mientras yo me retorcí angustiado con la loba durmiendo a apenas dos palmos de mi cara. Me dijo que no hiciese ningún ruido no fuese a despertarla, que iría a la aldea – distaba tres leguas – por la piqueta. En su voz se barruntaba la preocupación. Pasado un rato escucho unos ruidos de ramas rotas, de patas escarbando, fue entonces cuando sentí en la pantorrilla un contacto muy frío. ¡El hocico del lobo que vuelve con su camada!, me dije. La convulsión brutal y desesperada que me provocó el pánico consiguió liberarme, dejando el agujero lleno de jirones de carne. Resultó caballeros que mi señor padre, sabiendo que entre ir y volver le llevaría toda la jornada, y viendo a su hijo muerto y con la cara devorada por la loba, ideó un plan. Simuló los ruidos del animal antes de su ataque, y empapando una punta de su camisa en un regato, me la aplicó imitando el frío hocico de la bestia. No había otra solución que aterrorizarme. Ya todo dependía de mi capacidad de sufrimiento: vivir o morir.*

*Quisimos visitar la casa de Juan. La había construido hacinando pizarras entre dos peñascos. Penetramos por un boquete que tapaba con unos tablones a modo de puerta. En un rincón borboteaba un puchero desportillado, sobre un suelo alfombrado de brezo en descomposición.*

*Unas patatas y una manta vieja eran todo el ajuar del héroe. Aquel chamizo su castillo. Cuatro cabras y unos plantones en una estrecha franja de tierra su reino. ¡Juan Bravo cazador de quinientos lobos! Salimos de la cabaña en busca de aire respirable. Nos fuimos compungidos. Creo que no llegamos a despedirnos.”*

Era imposible no emocionarse cuando el abuelo Poldo relataba estas gestas. El humilde lobero adquiría entonces dimensiones épicas, de gladiador, de héroe griego. Tan pobre que no podía permitirse una vieja escopeta. Un héroe impregnado de humanidad que no ambicionaba el oro ni la gloria, tan solo sacar adelante a su familia, aportar algo a la comunidad. La clase de hombre que rara vez obtiene recompensas. Aunque contaba otras historias de la expedición que realizó en 1911 siempre volvía a ésta, se notaba que era la que más le gustaba. Tras recitarla se quedaba dormido esbozando una sonrisa.

El viaje al “mar de pizarra” como él lo llamaba supuso un aprendizaje para el abuelo, la mayor lección que recibió en su vida. En la zozobra de sus quince años su padre había decidido mandarlo a pasar el verano a casa de un pariente lejano. Conocía su intención de organizar una expedición a esos lugares remotos donde no existía tierra que cultivar, tan solo montoneras de esas piedras hasta el infinito. En ese mundo hostil su nihilismo adolescente sufrió un duro golpe.

Pasaron los años y nuevos personajes visitaron la comarca: Unamuno, Gregorio Marañón, el rey Alfonso. Unos con el espíritu de colaboración y ayuda a estas gentes desfavorecidas que inició nuestro pariente el secretario del obispo de Plasencia, otros con fines bastardos. Poco a poco se

construyeron puentes y caminos, se edificaron escuelas, pero el abuelo ya no los vio. Se sumergió en la vorágine del negocio familiar, un restaurante en el barrio de La Latina. Prefería colaborar mandando donativos a la fundación que había creado el obispado para la comarca. Había aceptado que ése era su lugar en el mundo, aunque quizás sólo tuviera miedo de que sus recuerdos se contaminaran. Es difícil saber por qué nunca volvió, en todo caso no me lo dijo. Pero yo sé que cada mañana, en las dificultades del día a día, sobre todo en los momentos difíciles, pensaba en aquellos seres tan necesitados. Que pensaba en ellos como hermanos a los que era preciso auxiliar, pero también como héroes anónimos superiores al mismo Aquiles. De ahí sacaba fuerzas para la vida. Por eso volvió a casa indignado cuando, en el Palacio de la Prensa en 1932, un joven director de cine aragonés exhibió un documental utilizándolos como instrumentos de lucha política. No pudo imaginar mayor indignidad.

El abuelo tuvo una vida plena, centrada en la familia, los amigos y el negocio, aunque también participó en los círculos culturales y empresariales de Madrid. En los años setenta recibió el premio nacional de hostelería a toda una vida dedicada a la restauración, una chapita de plata fijada en madera de caoba que mi abuela se empeñaba en enseñar a las visitas y a la que él nunca dio importancia alguna. Fue en 1959 cuando conoció a un héroe de fama mundial. En la barra del bar de Perico Chicote un Ernest Hemingway crepuscular le firmó un ejemplar de “El viejo y el mar”. El mito tomaba un daiquiri bajo los fogonazos de los flashes y música de jazz, cercado por una legión de admiradores. Tras su pelo blanco y su rostro bronceado pudo intuir el artificio, el personaje creado, que de no haber conocido al viejo lobero le hubiera pasado desapercibido. Cuando le



preguntaban por el escritor de vida aventurera decía: los grandes héroes siempre destiñen al primer lavado.

No, el abuelo no hubiera preferido nacer en aquel lugar agreste entre las montañas. Ahora sé que lo decía por la admiración hacia aquellos titanes que se enfrentaban a la vida con las manos desnudas, movidos por el amor a los suyos y a su inhóspita tierra. Aquellos cuyas historias nunca deberían perderse, porque las necesitamos como guía en la adversidad. Por eso, al igual que a mi hijo, les estoy contando esta historia.

Murió mientras fui a buscar un café de máquina. Cuando regresé el abuelo ya no respiraba. Era finales de septiembre de 1988, todos los periódicos ese día llevaban en portada la misma noticia. El campeón olímpico de los cien metros, el canadiense al que habíamos visto pulverizar el record del mundo, era descalificado por doping. Tras leerle el artículo, conté las monedas y salí al pasillo.

— La vida es una gran mentira. Pero bueno, no importa – fueron sus últimas palabras.